

LA SEMANA MAYOR DEL AÑO CRISTIANO

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA LEONESA 2.007

BERNARDO VELADO GRAÑA

*“Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.*

*Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el “Nombre-sobre-todo- nombre”. (Flp. 2, 8-9)*

*“Muriendo destruyó nuestra muerte,
y resucitando restauró la vida”. (Prefacio pascual I)*

*“Porque en la muerte de Cristo, nuestra muerte ha sido vencida
y, en su resurrección, hemos resucitado todos”. (Prefacio pascual II)*

*“Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba
donde está Cristo, sentado a la derecha del Dios;
aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”. (Col 3,1-2).*

LA SEMANA MAYOR DEL AÑO CRISTIANO

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA LEONESA 2.007

Saludos y agradecimiento

Excmo y Rvdmo. Sr. Obispo:
Illmo. Sr. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de León:
Junta mayor Pro-Fomento de la Semana Santa leonesa:
Dignísimas Autoridades y Representaciones:
Señoras y Señores:

Ante todo, quiero agradecer de corazón la cariñosa presentación del Sr. Alcalde; y el inmerecido honor y confianza que me han otorgado tanto la Junta Mayor de la Semana Santa leonesa cuanto el querido Sr. Obispo con la propuesta y el nombramiento de pregonero para tan alta ocasión como es la Semana Mayor del Año Cristiano que vamos a celebrar. No puedo invocar otro títulos que el de haber nacido en Lois, haber recibido el Bautismo en su hermosa iglesia, la “Catedral de la Montaña” y el pertenecer a la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno desde los años 70 cuando fueron abades Juan José Corral Tarrero, Miguel Martín Granizo y Luis Fernández Picón .

“Es una gracia inmensa de Dios -escribía el Cardenal D. Marcelo González Martín- disponer de una Semana Santa tan ejemplar y fervorosa como la tradición nos ha legado”.

Hondas raíces en la historia

La Semana Santa de León, en la capital del reino y en la provincia, reconocida por todos como una de las más hondas, singulares y sentidas de España, hunde sus entrañables raíces en la más remota antigüedad cristiana. Si por la carta de San Cipriano de Cartago (200-258) a las comunidades de Astorga-León y Mérida, sabemos que ya estaban perfectamente organizadas con obispo, presbíteros y diáconos, hasta el punto de subsistir después de la persecución sistemática del emperador romano Decio con el testimonio de sus mártires y la madurez de su laicado, más allá de la cobardías libeláticas, todo hace pensar que la predicación del evangelio y la respuesta de la fe fue muy temprana, en cercanía al testimonio apostólico y a los ecos de las primeras generaciones cristianas.

Por la tupida red de las vías romanas, del Norte y al Sur tal vez por los mismos legionarios convertidos, llegó a estas tierras benditas el kerigma apostólico, el evangelio, la Buena Noticia de la salvación cuyo fulcro y núcleo central es Cristo, muerto y resucitado, el único Redentor.

Un sarcófago paleocristiano (305-312)

Entre los restos arqueológicos de los primeros siglos cristianos llegados hasta nosotros, los sarcófagos que se adornan en sus frisos con escenas o símbolos, contienen un verdadero mensaje y nos permiten reconstruir el pensar y el sentir de aquellos fieles ante la vida y la muerte: la verdad central es la resurrección de Cristo que inspira la fe en la vida eterna, la confianza en el poder salvador de Cristo y sentirse orgulloso de pertenecer a la Iglesia a la que se siente incorporado por el Bautismo, reincorporado por la penitencia y sostenido por la Eucaristía.

Pues bien, entre los cinco sarcófagos cristianos más antiguos de España pertenecientes a la época preconstantiniana (primeros años del s. IV, 305-312) uno de ellos que ahora se conserva en el museo Arqueológico nacional de Madrid como una de sus mejores joyas, procede de estas tierras leonesas, aunque (lo mismo que los otros cuatro) es piedra importada desde Roma. Estuvo en la catedral de Astorga durante muchos siglos, hasta que con ella se inauguró el Museo Arqueológico el siglo pasado. Todas sus escenas aluden a la historia de la salvación: Adán y Eva en el paraíso; el sacrificio de Abrahán, en el que Isaac es figura anticipada de Cristo; la multiplicación de los panes y peces, alusión a la Eucaristía; la resurrección de Lázaro, símbolo de la de Cristo; el arresto de S. Pedro y el milagro de la fuente, que alude al bautismo.

El contenido o mensaje no puede ser más denso y completo con explícita dimensión sacramental. Cristo aparece con rostro de adolescente, perpetuamente joven .

Itinerario de Silvia Egeria

Entre los peregrinos que van a visitar la tierra que conoció el Señor, sobre todo a partir del s. IV con la paz de Constantino (313), se destaca Silvia Egeria, Virgen consagrada al Señor que, en su itinerario o “Peregrinatio” nos da detalles emocionantes de la Semana Santa tal como se celebraba en Jerusalén. De sensibilidad exquisitamente femenina, edad no muy avanzada, extraordinaria piedad, ingenuidad y sencillez encantadora, jovial, observadora y curiosa con una curiosidad que nada tiene de antipática ni impertinente y a la vez pletórica de valentía, intrepidez y fortaleza, deja su imagen en el ánimo del lector una sensación de encanto que la hace sumamente interesante y llena de simpatía.

Desconcierta el verla conducirse con tanta libertad y desenvoltura en tan largos y aventurados viajes por el Oriente, de tal manera que, al decir de Fray Justo Pérez de Urbel, parece como un esbozo lejano de aquella “fémina inquieta y andariega” que en nuestro siglo de oro la recuerda por su fe ciega, por sus viajes famosos y por su gracejo inagotable. Egeria y Teresa pertenecen a la misma raza. Según el abad del Bierzo, San Valerio, la Virgen peregrina, la primera española que ha salvado las fronteras y ha dejado una obra tan hermosa y tan rica en noticias sobre la liturgia y el monacato, sobre la celebración de la Pasión y de la Pascua en los Santos Lugares, salió del monasterio español y con toda probabilidad, más concretamente de la región del Bierzo, cuna del monaquismo español, donde tenemos suficientes pruebas de la existencia de comunidades religiosas del s. IV.

La influencia de su diario fue extraordinaria en toda la liturgia de Occidente. Por sus páginas podemos hacernos una idea de cómo eran las celebraciones de nuestros antepasados, pues en todas las iglesias se hicieron réplicas aproximadas de lo que se hacía en la iglesia madre de Jerusalén.

La Cruz victoriosa

El vivo recuerdo de la inhumana crueldad de la crucifixión, suplicio infame de esclavos, hizo que los cristianos tardaran siglos en representar con realismo a Cristo Crucificado. El entrañable e inefable misterio se expresó en lenguaje simbólico, por ejemplo, en la figura evangélica del Buen Pastor, autorretrato de Cristo que da la vida por sus ovejas y carga sobre sus hombros la oveja perdida y reencontrada.

La cruz se representa en los grandes mosaicos de las basílicas, victoriosa y esplendente, llena de gemas para significar el triunfo sobre la muerte y el pecado. Por ese mismo camino fueron la Cruz de la Victoria y la Cruz de los Ángeles, que se muestran en la Cámara Santa de Oviedo.

En el museo de León se puede contemplar la Cruz votiva de Peñalba, en bronce, del s. X, adornada con piedras preciosas. Fue donación de Ramiro II a la Iglesia de Santiago según reza la inscripción que recorre sus brazos, de los que cuelgan el alfa y omega. Fue un gesto de gratitud a Santiago por el triunfo alcanzado en 940 sobre los árabes invasores. Pudo servir de modelo para la de Fuentes de Peñacorada, regalo de Alfonso III el Magno a la ermita de Santa Marina. También se le parece la Cruz de la Victoria del Archivo Diocesano de León.

El Crucifijo de Fernando I y Doña Sancha

Hay que llegar al s. XI para encontrarnos con esa joya singular leonesa que es el Crucifijo de marfil dorado y azabache donado por el rey Fernando I (1037-1065) y Doña Sancha, su esposa (+1069) a la Canónica agustiniana de S. Isidoro en 1063. Representa a Cristo Crucificado, aún vivo, en serena majestad, sin muestras de dolor, con la cabeza sin nimbo ligeramente inclinada hacia su derecha. Sus grandes ojos de azabache llevan zafiros en sus pupilas. El cabello cae sobre sus hombros, y la barba de madejas con puntas rizadas le cubre el mentón. Lleva el perizoma o velo de pureza anudado en la cintura que le cubre hasta las rodillas. Los pies se apoyan en un subpedáneo.

Sobre la cabeza de Cristo se lee -IHC NAZARENVS REX IUDEOARV-. Encima de la inscripción, otra figura representa a Cristo con nimbo crucífero portando la cruz de su Victoria en clara alusión a su triunfo sobre la muerte.

En el extremo inferior, bajo los pies del Crucificado, la pequeña figura de Adán, en ademán de levantarse, alza la cabeza simbolizando la caída y la promesa de redención. Más abajo se lee -FREDINANDUS REX SANCIA REGINA-, testificando el patrocinio regio.

Es asombrosa la riqueza estética, figurativa y teológica de los brazos de esta cruz que alude a la Redención del hombre por la Pasión y Resurrección de Cristo y el Juicio final. En lo alto, la paloma del Espíritu Santo insufla el aliento de vida a los que se salvan.

El reverso, según la acertada lectura de Gómez Moreno, lleva la figura del hombre caído sufriendo las embestidas de los seres monstruosos, símbolo de las pasiones desordenadas, sobre los que al fin ha de triunfar el “Agnus Dei” que ocupa el centro de la cruz tal como lo anuncian los cuatro evangelistas, el Tetramorfos, que le rodean testificando cuanto sucede y se representa en el anverso de la cruz, esto es, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, único Salvador y Juez de vivos y muertos.

Este precioso crucifijo era a la vez relicario del “Lignum Crucis” colocado tras la cabeza del Señor.

El Cristo románico de Carrizo

Del último cuarto del s. XI es el impresionante Cristo, procedente del Monasterio cisterciense de Carrizo que hoy está en el Museo de León. También es de marfil con incrustaciones y contrasta con el de Fernando y Sancha por su mayor expresividad y desproporción anatómica. Por encima de sus dimensiones resulta monumental y majestuoso. El frontalismo es pleno. Y la fuerza que fluye de su rostro recuerda y emula la de un Pantocrátor.

Cañida la cabeza por doce largos mechones cerrados a modo de capacete en la frente, le caen simétricamente dispuestos sobre los hombros. La barba, de madejas, lleva también doce puntas rizadas. Los ojos, abiertos de par en par, parecen taladrar al que los mira, con sus pupilas de azabache incrustadas en esmalte blanco por medio de un finísimo hilo de oro. El perizoma y la repisa donde descansan los pies están decorados con especial delicadeza en arquitos y sogueos. Icono de enorme fuerza expresiva acentuada por su acromegalia de pies y manos. Estuvo reforzada por una cruz de oro hoy desaparecida.

En la puerta del Perdón de la basílica isidoriana

La basílica de S. Isidoro nos ofrece dos representaciones de la Pasión: Una, simbólica en la Puerta del Cordero con el sacrificio, no consumado, de Abrahán a su hijo Isaac en el Monte Moria, figura del sacrificio consumado del Calvario.

La otra representación es ya realista, en la Puerta del Perdón con el Descendimiento de la Cruz. Es una de las expresiones escultóricas más antiguas (s. XII). Y escoge la escena más tierna y más humana, tan querida de los leoneses a través de los siglos. En algunos lugares la siguen escenificando la tarde del Viernes Santo con el auto llamado del “desenclavo”, desclavar, deshacer el crucifijo que hicieron nuestros pecados, hermosa actitud que se prolonga y se afirma en la realidad de los cristos de carne y hueso, liberándolos de las injusticias y del desamor. A la hora del “descendimiento” allí están los amigos que por fin dan la cara.

En la puerta de San Isidoro, allí están en primer plano las manos y los besos acariciantes de la Madre que, al fin, puede estrechar la diestra de su Hijo recién desprendida de la cruz. Después lo acogerá en su regazo maternal como cuando era niño, puerto, ahora, del Hijo desarbolado y roto.

La imagen de la Piedad es la más repetida en la iconografía devocional y artística leonesa de todos los tiempos con variadas tipología y obras maestras como Nuestra Señora del Mercado, la Virgen del Camino o la de Luis Salvador Carmona, por indicar sólo algunos ejemplos. En la geografía leonesa, por el camino de Santiago, sale al encuentro de los peregrinos la Piedad de Puerta de Rey, la de Gregorio Español de Valdeviejas, La “Preciosa” de Molina y la “Quinta Angustia” de Cacabelos hasta Villafranca del Bierzo...

Los relicarios de la Vera Cruz

En catedrales, colegiatas y monasterios se guardan con veneración los relicarios de la Vera Cruz enriquecidos por el arte y la piedad. Algunas de estas estaurotecas son obras maestras de orfebrería. Concretamente, el “Lignum Crucis” de la catedral de Astorga, con el que se recibe tradicionalmente a los nuevos obispos en su entrada, es una cruz patriarcal (comienzos del s. XIII) que presenta las astillitas de la Vera Cruz en disposición paralela formando otra cruz patriarcal más pequeña en el interior de un lecho de oro, con filigrana de oro y piedras preciosas: rubíes, bálajes, zafiros, esmeraldas y turquesas.

Al reverso ofrece un rico programa iconográfico inciso en una lámina de oro. Preside la imagen esbelta del Crucificado, nimbada la cabeza, ligeramente caída a la derecha, rostro sereno y ojos cerrados. Apoya los pies, sujetos con un solo clavo, en amplio subpedáneo. La suave curvatura bizantina en forma de “S” se acentúa en la cadera con el perizoma o velo de pureza. En los cuadrifolios de las expansiones, acompañan a cada lado de Cristo los símbolos de los cuatro evangelistas.

Sobre el crucero alto está el Cordero Pascual victorioso del Apocalipsis. Y en los brazos de arriba, a su derecha y a su izquierda, la Virgen y San Juan.

En el extremo inferior de la cruz asoma la cabeza de Adán que representa a todos los redimidos.

Cruceros, calvarios y ermitas

¿Y cómo no citar en visión de relámpago fugaz la galería incontable de cruceros y de calvarios románicos como el de Corullón y el de Compludo? La inmensa mayoría de los retablos que, en muchas ocasiones presentan las diversas escenas y momentos de la pasión y resurrección de Cristo, están coronados con el tríptico del Calvario. Cada una de las comarcas leonesas venera a su Cristo con títulos entrañables y celebra sus fiestas y romerías acudiendo de cerca y de lejos a sus ermitas o santuarios.

Todas las comunidades cristianas tienen como enseña y bandera distintiva el lábaro de la cruz que abre los cortejos solemnes y procesiones de la liturgia. Es el símbolo por excelencia del misterio pascual, la muerte y resurrección de Cristo y preside siempre la celebración de la Eucaristía.

La Semana Santa de León hoy

Bastan estos mojonos históricos y artísticos para describir algunas de las viejas raíces entrañables de la Semana Santa Leonesa. Está por hacer una historia orgánica y completa de lo que ha sido en León y en España entera la celebración tantas veces secular de los misterios pascuales. A medida que se avanza en su recorrido histórico, se multiplican y diversifican los datos y peculiaridades tanto en la vertiente litúrgica como en la popular.

Es un hecho que merece sereno y profundo análisis el sorprendente desarrollo de Cofradías y Hermandades en estos tiempos nuestros de secularización y laicismo.

Refiriéndonos a León y a la vertiente popular, la rica herencia tradicional se ha desarrollado prodigiosamente en los últimos decenios.

Alrededor de *veinte mil papones* se integran en las *dieciséis Cofradías y Hermandades* coordinadas por la Junta Mayor. La más antigua, de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad (1572); la más numerosa, del Dulce Nombre de Jesús Nazareno (1611); la Real de Minerva y Vera Cruz (1856); la de Santa Marta y de la Sagrada Cena (1945); la de Jesús, Divino Obrero (1955); la de las Siete Palabras de Jesús en la cruz (1962); la del Santo Cristo del Perdón, que obtiene cada año la liberación de algún preso (1965); la de Nuestro Señor Jesús de la Redención (1990); la del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio (1991); la de María del Dulce Nombre (1991); la del Santo Cristo de la Bienaventuranza (1992); la del Santo Cristo del Desenclavo (1992); la del Santo Sepulcro y Esperanza de la Vida (1992) cuyo crismón aparece en el cartel de este año; la de la Agonía de Nuestro Señor (1993); la de Nuestros Padres Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad, Amparo de los Leoneses (1995); la del Cristo del Gran Poder (1995). Las *treinta y dos procesiones* que salen a la calle *en diez días*, representan todas las escenas de la Pasión, Muerte, Sepultura y Resurrección de Cristo en la plástica y pedagógica catequesis de los *ochenta pasos*, portados por los *cinco mil braceros y braceras* que los llevan sobre sus hombros (*seis van en carrozas*).

Los pasos son obra de los más variados estilos y de numerosos escultores leoneses y foráneos desde el s. XVI hasta nuestros días. Anónimos de origen francés avecindados en León, influidos por Juan de Juni; Gaspar Becerra (s. XVI); Pedro de la Cuadra y Francisco Díez de Tudanca (s. XVII); José de Rozas y Luis Salvador Carmona (s. XVIII). Y ya en el s. XX, Víctor de los Ríos, en cuyo taller trabajaron Clemente Díez y Vicente Vázquez y un largo etc., cuyos nombres recojo, aunque no de forma exhaustiva. Federico Coullant Valera, Jacinto Higuera, Ángel Estrada, Higinio Vázquez, Valentín Yugueros, Laureano Villanueva, Santos de la Hera, Vicente Marín, Ricardo Flecha, Álvarez Chamorro, Enrique Morán, Manuel Morán, García Geute, Jorge Rodríguez, Juan de Arizaga, Francisco Pablo, Hipólito Pérez, Jesús Iglesias, Amado Fernández, Sánchez Mendizábal, Jesús Azcoitia, López Bécquer, José Asenjo...

Pregonamos el mayor acontecimiento de la historia

Vamos a celebrar por gracia de Dios un año más la Semana Santa, la Semana Mayor de los cristianos que culmina en el acontecimiento decisivo de la Pascua, en la que se inaugura un mundo nuevo, se alumbra una creación nueva, se estrena un hombre nuevo.

Son los días santos en que vamos a revivir los días de la Pasión de Cristo y de su Resurrección. En ellos celebramos su triunfo sobre el poder de nuestros enemigos y renovamos el misterio de nuestra Redención. “Porque en la Muerte de Cristo la muerte ha sido vencida y en su Resurrección hemos resucitado todos”. “Porque él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida”(Prefacios pascuales).

Esta es la noticia, la gran noticia de la que soy pregonero, de la que somos pregoneros todos los cristianos.

Mensajero divino de la Buena Nueva fue el arcángel Gabriel que trajo la embajada del cielo para pedir el consentimiento de la Virgen Madre, la Hija de Sión en la que se remansaba toda la esperanza de la humanidad:

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo...
Vas a concebir en el seno
y vas a dar a luz a un Hijo
a quien pondrás por nombre Jesús.” (Lc. 1, 28.31)

El Verbo se hizo carne en sus entrañas para poder morir por nosotros.

Y la Virgen fue pregonera de la gran noticia en casa de Isabel, su prima, con el “Magnificat” de gratitud, de alabanza y de alegría que sigue repitiendo la Iglesia. (Cf. Lc.1, 46-55)

Juan, el Precursor señaló ya presente al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Cf. Jn. 1,29) a quien habían anunciado los profetas.

Y el mismo Jesús, que no tenía otra ilusión sino hacer la voluntad del Padre que le había enviado y que, lleno de su Espíritu, nunca se apartó de su misión redentora, repetidas veces fue pregonero de su Pasión, Muerte y Resurrección en reiterados y explícitos anuncios proféticos que nos transmiten los evangelistas, también pregoneros.

En la Cuaresma hemos oído sus palabras:

“Mirad que subimos a Jerusalén
y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del hombre:
lo entregarán a los gentiles y será objeto de burlas, insultado y escupido,
y, después de azotarlo , lo matarán,
pero al tercer día resucitará”. (Lc. 18, 31-33)

El domingo de Pascua, por la tarde, en su encuentro y conversación con los dos desesperanzados discípulos de Emaús, les dijo: “¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar en su gloria?” (Lc. 24,26)

Acontecimiento histórico y metahistórico

Ante todo, lo que celebramos y conmemoramos son hechos históricos irrefragables. La Pasión, Muerte y Resurrección del Señor no se difuminan en la atemporalidad cual si fueran un mito imaginado por la fantasía. Están incrustados en el espacio y en el tiempo de la historia, en escenarios geográficos concretos, con protagonistas singulares y colectivos, con fechas y testigos oculares.

Pero esta historia objetiva no puede encerrarse en sus estrechos límites de espacio y tiempo el misterio de un acontecimiento que es también metahistórico porque afecta y concierne a todos los hombres de todos los tiempos.

El realismo de su historia cristaliza en el memorial de la Liturgia y no solamente en las maravillas de las evocadoras imágenes y en los pasos y misterios que escenifican con la expresividad del arte escultórico y las tiernas lágrimas de la piedad.

Jesucristo ayer, hoy y siempre

La Iglesia de Jesucristo, sacramento universal de salvación y de unidad para todo el género humano, ha cruzado con renovada juventud los primeros años del tercer milenio. Si para los griegos “cronos” mide frío e implacable con su clepsidra la caducidad y el envejecimiento que nos desmorona, en la Biblia, “cairós” es la gran ocasión, el momento favorable por la gracia de Dios que nos salva. Lo fugaz y pasajero de la vida y de la historia se purifica e ilumina para pervivir en el “hoy eterno”.

En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación que tiene su culmen en la “plenitud de los tiempos” de la encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. *En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno.*

Con la venida de Cristo se inician los “últimos tiempos” (Cf. Heb. 1,2), la “última hora” (Cf. I Jn. 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia, que durará hasta la parusía.

De esta relación de Dios con el tiempo nace el deber de santificarlo. Es lo que se hace, por ejemplo, cuando se dedican a Dios determinados tiempos, días o semanas, como ya sucedía en la religión de la antigua alianza y sigue sucediendo, aunque de un modo nuevo, en el cristianismo.

En la liturgia de la Vigilia pascual, el celebrante, mientras bendice el cirio que simboliza a Cristo resucitado, proclama: “Cristo ayer y hoy, principio y fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos.” Pronuncia estas palabras grabando sobre el cirio la cifra del año en que se celebra la pascua. El significado del rito es claro: evidencia que Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su encarnación y resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la “plenitud de los tiempos”. Por ello también la Iglesia vive y celebra la liturgia a lo largo del año.

El año solar está así traspasado por el Año litúrgico que, en cierto sentido reproduce todo el misterio de la encarnación y de la redención, comenzando por el primer domingo de adviento y concluyendo en la solemnidad de Cristo Rey y Señor del universo y de la historia.

El Misterio Pascual

Los cristianos centramos todo el calendario de nuestras celebraciones en la Pascua de Jesús, acontecimiento básico y constituyente de nuestra identidad, en el que se realizaron de una vez para siempre la liberación, la reconciliación, la nueva alianza, la nueva creación, la victoria definitiva. Toda fiesta es un sí a la vida, pero la Pascua es la concentración más densa de la vida. El cristiano lo ve todo -desde el cosmos hasta su propia historia personal y colectiva- como un despliegue y una expansión de la Pascua de Jesús.

Para descubrir el sentido más hondo del Misterio Pascual nos ayuda el recuerdo de la *Pascua judía*, que fue su prehistoria y prefiguración simbólica. Era la principal de sus fiestas con la cena ritual del cordero sacrificado. Y evocaba el paso misericordioso de Yahvé respetando las casas de los hebreos señaladas con su sangre. La salida de Egipto y el paso del Mar Rojo a pie enjuto, bajo la guía y liderazgo de Moisés, cantando el himno de la liberación; y el paso por el desierto hacia la tierra prometida. Toda la historia del Éxodo son símbolos y figuras que en Cristo y en la Iglesia adquieren su realidad y plenitud.

La Pascua de Cristo fue su paso de este mundo al Padre (Jn. 13,1). De la muerte a la vida, del sepulcro a la resurrección, de la humillación a la gloria. San Pablo nos ofrece una perfecta síntesis teológica en la carta a los fieles de Filipos: “Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por eso Dios lo levantó sobre todo y le dio un nombre sobre todo nombre” (Filp. 2, 8-9). Muerte y resurrección: dos caras complementarias de un mismo misterio. No existe la una sin la otra. La resurrección brota de la pasión; la vida brota de la muerte. Son dos grandes momentos inseparables de un movimiento de redención, dos etapas del paso del Señor.

Y nosotros, incorporados a Cristo por el Bautismo, hemos de pasar (utilizando imágenes paulinas) del pecado a la gracia, de hijos de ira a la gloria de los hijos de Dios, de tinieblas a luz, de muerte a resurrección, del hombre viejo al nuevo, de esclavitud a libertad.

En todas sus dimensiones, bíblica y teológica, histórica y antropológica, litúrgica y existencial, personal y comunitaria, el Misterio Pascual de Cristo, su paso de la Cruz y el sepulcro a la resurrección, es el núcleo y el corazón de toda la vida cristiana, el acontecimiento culminante y recapitulador de toda la historia de la salvación con las maravillas obradas por Dios. Por eso es el centro y la raíz de que han brotado todas las celebraciones del año litúrgico. La Iglesia, que nació de la cruz y de la Pascua, no sabe, no quiere ni puede celebrar otra fiesta. Cuando festeja a la Madre de Dios y a los Santos, celebra siempre la victoria pascual de Cristo en ellos.

Pascua semanal y Pascua anual

Primero fue el Domingo, el día del Señor y el señor de los días, la Pascua semanal, la fiesta primordial de los cristianos. Nace en el mismo día de la Resurrección con las experiencias de los encuentros pascuales y las apariciones a los discípulos, al ritmo de los ocho días. Esta tradición apostólica ininterrumpida se refleja ya en el Nuevo Testamento. El “día del Sol”, el primero de la semana y de la creación, se convierte en Domingo, el de la creación renovada, el de la asamblea eucarística en torno a la mesa de la Palabra y del Pan. “No podemos vivir sin el Domingo”, que es el encuentro de la comunidad con el Resucitado. (Mártires norteafricanos de Abitene, Túnez, a. 303-304)

Pronto surgió también la Pascua anual para celebrar solemnemente aquellos días, coincidentes con la Pascua judía en los que era más viva y vehemente para los discípulos la memoria de cuanto había sucedido al Señor. En Oriente se celebraba el 14 del mes hebreo llamado Nisán. Y en Roma, el domingo siguiente, a partir del s. II. Las apasionadas discusiones sobre la fecha de la Pascua en Oriente y Occidente acreditan la antigüedad y el fervor unánime de su celebración. Es impresionante el testimonio directo del obispo Melitón de Sardes (s. II) en su homilía pascual, un himno grandioso por su contenido y su forma. Se lee en la Liturgia de las Horas el Jueves Santo y el lunes dentro de la octava de Pascua.

La primitiva celebración en prolongada vela nocturna, que culminaba en la Eucaristía, se fue desarrollando progresivamente hasta cuarenta horas de ayuno, por el juego simbólico de los números. Cuarenta había permanecido el Señor en el sepulcro. Y por el dato evangélico, repetido de la Resurrección “al tercer día”, muy pronto se convirtió la vigilia en el “Triduo de Cristo crucificado (Viernes), sepultado (Sábado), resucitado (Vigilia pascual)” que formuló S. Agustín en una de sus cartas.

Desde el s. IV, la liturgia de Jerusalén en los Santos Lugares se extendió por todo el Occidente a través de los peregrinos como ya indicamos a propósito de Egeria y su famoso “Itinerario”.

La preparación se va prolongando paulatinamente hasta abarcar el período simbólico de la Cuaresma, (cuarenta días sin contar los domingos, en los que no se ayuna), al hilo de las etapas del catecumenado para los bautismos en la Vigilia Pascual.

En paralelo simétrico, la Pascua se prolonga gozosamente en un “Gran Domingo” que sobrepasa la Cuarentena, con la Cincuentena Pascual hasta Pentecostés.

El núcleo primigenio de la Vigilia Pascual se ha convertido en el tiempo más privilegiado y comprometido de la liturgia, densa de celebraciones -Palabra y Sacramento- abriendo el arco de los casi cien días que vive la Iglesia cada año en torno al Misterio Pascual de donde brota su renovación incesante y su perpetua juventud .

*Unidad de la Semana Santa en sintonía de sus dos vertientes:
la litúrgica y la popular*

“Es muy intensa la participación del pueblo en los ritos de la Semana Santa. Algunos muestran todavía señales de su origen en el ámbito de la piedad popular. Sin embargo, ha sucedido que, a lo largo de los siglos, se ha producido en los ritos de la Semana Santa una especie de paralelismo celebrativo, por lo cual se dan prácticamente dos ciclos con planteamiento diverso: uno, rigurosamente litúrgico; otro, caracterizado por ejercicios de piedad específicos, sobre todo las procesiones.

Esta diferencia se debería reconducir a una correcta armonización entre las celebraciones litúrgicas y los ejercicios de piedad. En relación con la Semana Santa, el amor y el cuidado de las manifestaciones de piedad tradicionalmente estimadas por el pueblo deben llevar necesariamente a valorar las acciones litúrgicas, sostenidas ciertamente por los actos de piedad popular.” (*Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, n.138. Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos, 2001)

No hay, no debe haber dos Semanas Santas en paralelo. Es una sola que se expresa en dos lenguajes complementarios. Todo debe conducir a la celebración del único Misterio Pascual, centro y cumbre de toda la vida cristiana.

Hasta los horarios de Catedral, parroquias y comunidades, deberían estar orgánicamente articulados con las treinta y dos procesiones en una programación armónica. Las procesiones y los actos piadosos muchas veces nacieron de la misma liturgia como preparación, catequesis y prolongación de los misterios celebrados. Y algunas acciones litúrgicas las ha tomado la Iglesia de la piedad popular. La sintonía debe ser cada vez más coherente y ejemplar.

Porque entre la Liturgia y las procesiones populares hay un vínculo indestructible. La lava de un volcán necesita y exige espacios abiertos. Aquí la alta temperatura del fervor religioso ha abierto las puertas de los recintos sagrados para manifestarse y expresarse en las calles y plazas como congregación fiel, penitente, peregrina y andante. Todas las procesiones son una erupción del calor devocional. Son parte, continuación, complemento y consecuencia de la liturgia. Todos los desfiles procesionales salen de una iglesia; su cráter natural es el atrio del templo.

¿Calle o santuario, imagen o símbolo, procesión o liturgia, cofradía o compromiso cristiano? -No hay oposición, no debe haberla, aunque a veces la vean, aunque quizás haya algún fundamento para que así se crea. Obra de todos ha de ser una buena síntesis integradora.

Si el Concilio de Trento inyectó en el pueblo un gran impulso religioso, que entre otras muchas cosas, también en el campo litúrgico, por supuesto, cuajó en cofradías, esculturas y procesiones, el Vaticano II ha confirmado el movimiento de renovación litúrgica, la importancia de la Palabra de Dios y el compromiso cristiano que de toda celebración se deriva.

Concretamente las procesiones de Semana Santa son imágenes representativas de casi todos los misterios pascuales de Cristo; constituyen un acontecimiento de trascendencia que hemos de valorar y perfeccionar cuanto podamos. Nos ayudan a meditar y contemplar, a evocar la humanidad de Jesús en su aspecto histórico, sentimental, para consuelo y estímulo nuestro. Pero es preciso integrar estos valores en la participación litúrgica. De ninguna manera son incompatibles.

La procesión del Domingo de Ramos pertenece a la liturgia misma y es expresiva del misterio pascual juntamente y en contraste con la Misa de la Pasión a la que precede. Y precisamente de la liturgia que en estos días revive la escena viviendo de cerca el desarrollo histórico en el espacio y en el tiempo, nacieron las procesiones tan arraigadas en el pueblo siempre peregrinante. La riqueza inagotable de los hechos redentores corre aquí por la vertiente más popular y devocional. La catequesis evangélica de los pasos, el arte de los imagineros de honda inspiración cristiana y popular, la preparación esmerada de los cuadros organizadores de las cofradías, si responde a la auténtica renovación cuaresmal que debe preceder en sus miembros, son valores bien positivos entre otros muchos.

Sin embargo, no está libre de críticas, ya no digo demolidoras sino constructivas y enriquecedoras: el dolorismo, la escasa presencia de luz pascual en los días del triduo sacro, la utilización manipuladora de sus riquezas para fines menos religiosos, el exhibicionismo, la rutina, lo meramente folklórico o turístico pueden hipotecar los símbolos convirtiendo las hojas en hojarasca a poco que sople el viento de la deformación. Pero ¿qué árbol deja de serlo por mucho que necesite la poda? Podemos ceder a la atentación simplista de arremeter contra todo el árbol. ¿Y con qué sustituiremos su sombra?

La exhortación *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (8-12-1975) sugería estos criterios que deben presidir la necesaria purificación y orientación de la piedad popular para acendrar y defender sus reconocidos valores. *El criterio bíblico* que exige el uso prioritario de la Palabra de Dios; *el litúrgico* que supone la ordenación armónica de las prácticas piadosas con las celebraciones sacramentales; *el ecuménico*, que promueve una actitud de comunión; y *el antropológico*, que presta consideración a las adquisiciones comprobadas de las ciencias humanas de modo que la piedad popular esté en sintonía con dichos valores. (ns. 47 y 48).

Va a pasar el Nazareno, la Dolorosa, San Juan y los otros personajes de la Pasión. Está allí el pueblo peregrino porque quiere (“Mirarán al que traspasaron”: Jn. 19,37). Lo que impresiona son esas cabezas de la multitud, levantadas hacia arriba; esas cabezas que caminan de ordinario vueltas hacia abajo, hacia el asfalto, hacia el adoquín, los libros, el surco, la máquina, el ordenador. Es la hora de la contemplación para los que no tienen carisma de cartujos. No es nada baladí sino “precipitación” de la fe y llamas de esperanza. Pasa el símbolo y va dejando caer la palabra asequible y palpable a quienes más necesitados y tal vez ausentes, tiene sed de ella.

El equilibrio y la creatividad verdadera están en la búsqueda de una coherencia cada vez mayor entre el significado de los signos transparentes y dignificados. Con la vida personal y social que se deriva necesariamente de la evocación y actualización de los misterios pascuales de Cristo. Una verdadera comprensión de las procesiones debe llevar a la participación litúrgica y sacramental de esos misterios y a la vida, es decir, al

compromiso cristiano. Quedarse en las procesiones sin llegar a esos otros niveles es deformación que debe ser corregida.

La Iglesia no puede permitir que se conviertan en meros reclamos turísticos o simples expresiones culturales o folklóricas estas manifestaciones reclamadas por la fe, el deseo y voluntad del pueblo. No es capricho. La Liturgia actualiza esos mismos hechos de manera más real y eficaz y nos relaciona con el Cristo vivo en su humanidad glorificada en el estado real en que vive desde su Resurrección y Ascensión.

Intercesor y Mediador nuestro, actúa realmente bajo los signos sacramentales. Por ser acciones de Cristo, las celebraciones litúrgicas son actualización real de las acciones que nos salvan. La presencia de Cristo y de su acción, bajo el signo litúrgico, aunque menos “figurativa”, comporta un realismo mayor que el de las procesiones extralitúrgicas: el que implica la distancia que va, por ejemplo, de la presencia real Eucarística de la Misa y la procesión del “Corpus”, al del paso de la Santa Cena, aunque en ésta aparezca el mismo Jesús, en imagen, presidiendo la mesa.

La participación plena, consciente y activa en la Liturgia es la que, desbordada de los templos, se ha de proyectar en la calle.

El Viernes de Dolores

La primera de las procesiones de la Semana Santa de León es la de la Dolorosa que sale de la iglesia del Mercado, el Viernes de Dolores acompañando a la Virgen Madre de la Piedad, la mejor maestra, modelo y guía para vivir los misterios pascales de Cristo, verlos con sus ojos y sentirlos con su corazón. En ella, como en espejo purísimo, se mira la Iglesia entera y ve realizado plenamente lo que ansía y espera ser. Nos lleva de la mano en este vía crucis hacia la Pascua siguiendo de cerca de Jesús, siempre con ella hasta el encuentro jubiloso de la Resurrección en la madrugada del Domingo de Pascua ante la bellísima catedral que brilla de alegría. Y la Liturgia nos introduce en el Misterio.

La Conferencia Episcopal ha obtenido de la Santa Sede, para España, poder celebrar la memoria de la Virgen Dolorosa en esta fecha tradicionalmente señalada en nuestra patria con el nombre de “Viernes de Dolores”.

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

Uniendo las dos tradiciones, de Jerusalén y de Roma, y en perfecta simbiosis de Liturgia y piedad popular, ya en el pórtico de la Semana Santa, la comunidad cristiana vive la síntesis global del Misterio de Cristo en tremendo contraste: la procesión triunfal de Cristo Rey-Mesías al entrar en su ciudad que es la Iglesia, aclamado por los himnos y hosannas de su pueblo que asocia a su combate y a su victoria. Con la Iglesia anticipamos la resurrección. Por eso la procesión, encabezada por el Obispo, tiene ese carácter festivo y entusiasta, con arcos y palmas, confesando y aclamando a Cristo que nos ha redimido con su sangre.

La Misa nos ofrece la otra cara del misterio proclamando la Pasión del Señor, este año según S. Lucas. A la victoria sólo se llega a través del combate y del sacrificio. Pasión, Muerte, Cruz, son el camino de la gloria, pero la Pasión, por amor, sigue siendo “Beata Passio”, Pasión bienaventurada, pues termina y desemboca en la Resurrección como dice S. Pablo en la segunda lectura de la Misa: “Por lo cual Dios lo ensalzo y le dio el Nombre sobre todo nombre”. (Flp. 2,9)

“Y todos los niños, aun los que por su tierna edad no pueden andar y son llevados por sus padres al cuello, tienen ramos, los unos de palmas, los otros de olivos: así es conducido el Obispo de igual forma que lo fue el Señor”. (*Itinerario de Egeria*)

La Misa crismal

Llena de sentido teológico y pastoral es única para toda la diócesis. En torno al Obispo, los sacerdotes del presbiterio, venidos de todos los arciprestazgos forman su corona, concelebrando en la Catedral. Se bendicen los óleos y se consagra el Crisma para los sacramentos. Se pone de relieve la teología y la unidad del sacerdocio. Se renuevan las promesas sacerdotales de fidelidad. Todo queda preparado para la Pascua. En reguero de luz se reparten a las distintas comunidades en crismas de plata, los óleos para el Bautismo, la Confirmación y la Unción de los enfermos.

Triduo Pascual: Tres momentos de un solo misterio

1. Jueves Santo .Misa vespertina en la cena del Señor

Sin caer en arqueologismos, hoy el Triduo Pascual comienza con esta Eucaristía en la que no sólo se conmemora su institución y la del sacerdocio ministerial (*Dies natalis cálicis*) juntamente con el Mandato nuevo y el Lavatorio de los pies, en este día del amor sin medida. Todos estos grandes misterios están envueltos en clima pascual, subrayados por las lecturas bíblicas.

Si la Eucaristía es siempre memorial vivo y sacramento de la Cruz y de la Resurrección, mucho más intenso y evocador se nos presenta cuando lo celebramos “hoy”, a la misma hora y en el mismo día de su entrega ensombrecida por la traición de Judas, cuando Cristo anticipó en el Cenáculo su sacrificio y su pascua. La vela ante la Reserva ayuda a interiorizar tanto misterio.

2. Viernes Santo de la Pasión del Señor

Es el segundo momento de la única Pascua: La inmolación del Cordero. Después de la Oración universal de los fieles, con los brazos abiertos de Jesús en la Cruz, se proclama solemnemente la Pasión según S. Juan (con María la Madre de Jesús, como testigo presencial) que sitúa el misterio de la muerte del Señor crucificado cuando se inmolaban en el templo de Jerusalén los corderos pascuales de aquel año. En Cristo se hacen realidad plena las figuras proféticas del Antiguo Testamento.

El relato de Juan está traspasado por la luz de la Pascua que entroniza en la Cruz al que da la vida por todos y de su costado abierto nace la Iglesia.

El Viernes Santo no hay Misa porque está muy viva y presente la memoria de la Cruz que descubrimos y adoramos. La comunión sacramental de la Eucaristía nos pone en contacto con Cristo “nuestra Pascua inmolada”.

3. *Vigilia Pascual en la Noche Santa*

Después del descanso silencioso y esperanzado del Sábado Santo, en la sepultura del Señor, llega la Iglesia al tercer momento en la cima de toda la escalada pascual, la Vigilia en la Noche Santa, la más bella del año. Ya vimos cómo de ella nació todo. Por eso sigue teniendo primacía en la estima de la Iglesia. Es la madre de todas las vigiliadas.

El Éxodo liberador de los israelitas, con el paso del Mar Rojo se cumple en Jesucristo. Ha pasado otro mar, el de la muerte, y se ha encontrado en otra orilla, la de la vida gloriosa. En la muerte, ha vencido a la muerte. El cirio, símbolo de Cristo, es la columna de fuego que nos guía en la noche. Repasamos la historia de la salvación y sus etapas, en prolongadas lecturas bíblicas y expresivas oraciones y cantos. El Bautismo, cuyas promesas renovamos, es nuestra pascua, nuestro paso con Cristo.

La fiesta de la luz y del agua creadora nos prepara a la fiesta del Cordero en la Eucaristía Pascual. El mismo Cristo Resucitado nos muestra sus llagas gloriosas.

La Pascua no es solo el acontecimiento más trascendental; para los cristianos es el encuentro con Cristo que vive. Podemos decir con S. Gregorio de Nacianzo: “Pascua: yo me dirijo a ti como a una persona viva”. Ha resucitado también el aleluya, el órgano, las campanas. Va a alborar la mañana de un Gran Domingo sin ocaso.

Actualidad

La Iglesia de Oriente y Occidente, de modo especial la que peregrina en España, celebra la Semana Santa con una participación impresionante. Desbordando los límites de la Semana Mayor, acumula los más variados y expresivos elementos para evocar y recordar al vivo el drama de la Pasión, con mayor acento, eso sí, que la victoria de la Pascua: la espléndida iconografía de los imagineros en los pasos artísticos y populares, el desfile penitencial de las cofradías con sus largas túnicas, mantos, capirotos y estandartes multicolores, los tambores, clarines y trompetas estremecedoras de las bandas, los romances y glosas de los poetas, las escenificaciones realistas como el Desenclavo, las dramatizaciones de la Pasión en las que son actores el pueblo entero, Vía crucis vivientes piadosamente multiplicados en cada calle y en cada colina, al amanecer o al atardecer; las composiciones musicales más inspiradas y sentidas de los responsorios, misereres, improperios y lamentaciones..., todo favorece la creación de un clima de cercanía a los hechos. Nuestras calles y plazas son las de Jerusalén y todos somos actores en el drama sacro en sustitución de personajes.

Pero la celebración cristiana de la Semana Santa va mucho más allá, es mucho más honda. El cristianismo no es mera doctrina y moral, es una vida y una presencia vivificante de Cristo y de su Espíritu, un hecho presente donde el pasado se halla y el futuro se acerca. En el memorial de la Iglesia se representa, es decir, se hace de nuevo realmente presente el acontecimiento redentor conmemorado, en toda su densidad. Se hace presente el acontecimiento histórico como tal y no sólo el efecto o la gracia que, con su muerte, nos mereció Cristo. Por eso nos mandó, “Haced esto en conmemoración

mía”.

La Pascua es viva y operante por los sacramentos , principalmente por la Eucaristía, signo conmemorativo del acontecimiento redentor, prenda de la gloria futura, clave de la juventud perenne de la Iglesia, y de la maduración personal del cristiano en la fe y en el amor.

Tenemos la alegría de mencionar la última exhortación de Benedicto XVI, aun calentita, pues fue firmada el 13 de este mismo mes de marzo, sólo hace 13 días, sobre la Eucaristía. Se titula *Sacramentum caritatis*”, El Sacramento del amor”, en la misma línea de su primera encíclica, *Deus Caritas est* , “Dios es amor”. Recogiendo las conclusiones del Sínodo de los Obispos, (octubre de 2005) insiste la exhortación:

“La Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento, se manifiesta el amor más grande, aquel que impulsa a dar la vida por los propios amigos. En el Sacramento eucarístico, Jesús sigue amándonos hasta el extremo, hasta el don de su Cuerpo y de su Sangre... La oración que repetimos en cada Misa, *Danos hoy nuestro pan de cada día*, nos obliga a hacer todo lo posible...para que cese...en el mundo el escándalo del hambre...”

Ya estamos en los umbrales de la Semana Mayor. Vamos al encuentro de Cristo. Veinte siglos no nos alejan ni separan de él; al contrario, podemos estar más cerca que si hubiéramos vivido en su tiempo histórico y lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos, por la fe, por el testimonio de los Apóstoles que lo vieron pero necesitaron también la fe para reconocerle, por la experiencia de los mártires y de los santos que nos han precedido. Y éste, Jesucristo no se encierra en el pasado de la historia, sino que, por su resurrección supera las barreras del tiempo y del espacio y es contemporáneo de todos los hombres redimidos por él, de cada uno de nosotros. “No busquemos entre los muertos al que vive. Ha resucitado y vive para siempre”.

La resurrección de Jesucristo es mucho más que la reanimación de un cadáver. En su homilía de la Vigilia Pascual, primer año de su pontificado, el Papa Benedicto XVI proclamaba: “*Es -si podemos usar por una vez el lenguaje de la teoría de la evolución- la mayor mutación, el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de sus desarrollos: un salto de un orden completamente nuevo que nos afecta y que atañe a toda la historia...*

¿Qué es lo que sucedió allí? ¿Qué significa eso para nosotros, para el mundo en su conjunto, y para mí personalmente?, se pregunta el Papa. ¿Qué fuerzas han intervenido?...

Su propia vida no era solamente suya, era una comunión existencial con Dios y un estar insertado en Dios, y por eso no se le podía quitar realmente. Él pudo dejarse matar por amor, pero justamente así destruyó el carácter definitivo de la muerte, porque en él estaba presente el carácter definitivo de la vida. Él era una sola cosa con la vida indestructible, de manera que ésta brotó de nuevo a través de la muerte...

Su muerte fue un acto de amor...Su comunión existencial con Dios era concretamente una comunión existencial con el amor de Dios, y ese amor es la verdadera potencia contra la muerte, es más fuerte que la muerte .La resurrección fue como un estallido de luz, una explosión del amor que desató el vínculo, hasta entonces indisoluble del “morir” y el “devenir”. Inauguró una nueva dimensión del ser, de la vida en la que también ha sido integrada la materia de manera transformada y a través de la cual surge un mundo nuevo.

Está claro que este acontecimiento no es un milagro cualquiera del pasado cuya realización podría ser en el fondo indiferente para nosotros. Es un salto cualitativo en la historia de la “evolución” y de la vida en general hacia una nueva vida futura, hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya continuamente en este mundo nuestro, lo transforma y lo atrae hacia sí.

Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí y atraer mi vida hacia Él y hacia lo alto? La respuesta en un primer momento quizás sorprendente pero completamente real, es la siguiente: Dicho acontecimiento me llega mediante la fe y el Bautismo. Por eso el Bautismo es parte de la Vigilia pascual como se subraya también en esta celebración al administrar los sacramentos de la iniciación cristiana a algunos adultos de diversos países. El Bautismo significa precisamente que no es un asunto del pasado, sino un salto cualitativo de la historia universal que llega hasta mí, tomándome para atraerme. El Bautismo es algo muy diverso de un acto de socialización eclesial, de un ritual un poco fuera de moda y complicado para acoger a las personas en la Iglesia. También es más que una simple limpieza, una especie de purificación y embellecimiento del alma. Es realmente muerte y resurrección, renacimiento, transformación en una nueva vida.

La resurrección no ha pasado, la resurrección nos ha alcanzado e impregnado. A ella, es decir al Señor resucitado nos sujetamos, y sabemos que también Él nos sostiene firmemente cuando nuestras manos se debilitan. Nos agarramos a su mano, y así nos damos las manos unos a otros, nos convertimos en un sujeto único y no solamente una sola cosa. “Yo, pero no más yo”. Esta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el Bautismo...Si vivimos de este modo transformamos el mundo.

Es la fórmula de contraste con todas las ideologías de la violencia y el programa que opone a la corrupción y a las aspiraciones del poder y del poseer.

¡Semana Santa de León! Un pasado rico de historia, un presente lleno de gracia y de vida, un futuro plétórico de promesas. Si los cristianos vivimos en comunión con Cristo despertaremos la esperanza en todos los hombres.

Bernardo Velado Graña

León, 26, 3, 2007.

BIBLIOGRAFÍA

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Carta circular sobre la preparación y celebración de las fiestas pascuales*, 16, 1, 1998. - *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, 17, 12, 2001.

B. VELADO GRAÑA, *La Semana Mayor del Año cristiano: Biblia y Teología Liturgia y Vida*, Astorga, 1996.- *Procesiones y Pasos*, Astorga, 1996.

J. R. FLECHA -F. LLAMAZARES -G. MÁRQUEZ -L. PASTRANA -J. M. GONZÁLEZ GULLÓN (Coord), *Semana Santa de León*, León, 2000.

J. CABALLERO CHICA, *Las Cofradías. Semana Santa. León*, León, 2002.

AA.VV., *Paso a paso. Itinerario de fe para Hermandades y Cofradías*, PPC, Madrid, 2005.

ÍNDICE

Textos sagrados.
Saludos y agradecimiento.
Hondas raíces en la historia.
Un sarcófago paleocristiano (305-312).
Itinerario de Silvia Egeria.
La Cruz victoriosa.
El crucifijo de Fernando I y Doña Sancha.
El Cristo románico de Carrizo.
En la puerta del Perdón de la basílica isidoriana.
Los relicarios de la Vera Cruz.
Cruceros, calvario y ermitas.
Semana Santa de León, hoy.
Pregonamos el mayor acontecimiento de la historia.
Acontecimiento histórico y metahistórico.
Jesucristo ayer, hoy y siempre.
El Misterio pascual.
Pascua semanal y Pascua anual.
Unidad de la Semana Santa en sintonía de sus dos vertientes: la litúrgica y la popular.
El Viernes de Dolores.
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.
La Misa Crismal.
Triduo Pascual: Tres momentos de un solo misterio.
1. Jueves Santo: Misa vespertina en la Cena del Señor.
2. Viernes Santo, de la Pasión del Señor.
3. Vigilia Pascual en l Noche Santa.
Actualidad.

BIBLIOGRAFÍA